

EL TIEMPO Y LA LOCURA.

Esa mañana se había convenientemente afeitado. Estrenaba la sobria pero elegante corbata que ella le había regalado por su octogésimo cumpleaños.

Estaba muy ilusionado: ¡ por fin iba a poder conocer físicamente a su nietecita Bella, de dos añitos !. La pandemia le había pasado factura, como a todos, pero nunca le perdonaría haberle arrebatado un tiempo tan precioso para él como el de disfrutar de los primeros tiempos de su única nieta (junto a su hija, su familia más preciada). En el fondo eso era lo que peor llevaba, hasta el punto de llegar a sentirse culpable por ese tremendo vacío que ni tan siquiera los *facetimes* podían aliviar. Apenas pudo disfrutar de la niñez de su hija, por el maldito y necesario “El Dorado”, y pretendía resarcirse ejercitando el papel de abuelo consentidor y achuchón con el que tantas veces había soñado despierto.

Por fin ese día había llegado. Ellas arribaban a Madrid en el puntual ave de las 10:30. Armado con su inseparable bastón se dispuso a recorrer los pocos metros que separaban la entrada de la estación de la puerta de salida de los recién llegados. Un pasillo repleto de tiendas, cafeterías y oficinas de servicios de todo tipo; una fila de color que acompañaba el brillo de las almas ilusionadas por incipientes (re)encuentros personales. No recordaba haber sido tan feliz en los últimos años, ni sentirse tan nervioso a la vez. Se sentía como un chiquillo quinceañero, estaba viviendo una auténtica aventura.

A las 11:30 sufrió un infarto tal que su corazón no pudo revertir, apagándose definitivamente. Los esfuerzos de los servicios de emergencia no fueron suficientes. El certificado médico señalaba la muerte oficial a las 15:00.

El AVE RT-290 (Oviedo-Madrid) en el que viajaban Natalia y Bella sufrió un accidente fruto de un fallo eléctrico a unos 80 kilómetros de Chamartín. No hubo supervivientes.

Mientras se desplomaba en el suelo notó una macabra sensación de cierta paz. Aquella proporcionada por la convicción de que ya no merecía la pena vivir en un sinsentido auténtico. Intentaba decirle a los médicos y sanitarios de la ambulancia que lo dejaran irse ya, que tenía prisa por reunirse con sus niñas lo antes posible allende la otra vida. Irían a comer a un auténtico italiano, de esos que a Natalia le encantaban. Seguro que San Pedro le podría recomendar y proporcionarles a los tres una bonita mesa. Pero claro, para eso tendrían que llegar con tiempo, y Basilio nunca había sido hombre que llegara tarde a ningún sitio.

Hay esperas pesadas. Se repetía internamente. Hay esperas pesadas. Hasta que el reloj se paró. Y el tiempo dejó de existir.